

# Cultura clásica e ideal cristiano

*Referencia bíblica* (I Cor. I, 22-4): «Porque los judíos piden señales, los griegos buscan sabiduría, mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, mas poder y sabiduría de Dios para los llamados, ya judíos, ya griegos».

Fácilmente puede suceder que un profesor creyente, particularmente un sacerdote, al tenerse que dedicar al estudio y la enseñanza de la cultura clásica grecolatina, albergue la convicción de que se encuentra en un terreno neutro o indiferente religiosamente hablando, si no lo juzga incluso peligroso para su formación cristiana <sup>1</sup>. Por ello estas notas pretenden hermanar en la medida de lo posible los valores del viejo humanismo con el ideal cristiano, presentando el conocimiento de los autores clásicos antiguos, como inmejorable disposición para abrazar la doctrina revelada por Cristo; y por lo mismo tranquilizar a los amantes de Grecia y Roma, convenciéndoles de que pueden santificar su labor docente. Como nos dirá Paul Dumas en el apéndice de su obra *Humanités Chrétiennes*, hablando sobre el sacerdote profesor, pág. 157, no basta con re-

---

<sup>1</sup> *Nota bibliográfica.* Entre las varias obras publicadas, que hacen referencia al tema propuesto, encarecemos las siguientes: *L'humanisme chrétien*, Paris, 1937, de EUGENE MASURE; *Humanisme et sainteté*, Louvain, 1946, de CHARLES MOELLER; *Sagesse chrétienne et humanités*, Paris, 1951 de GUSTAVE THILS; *Humanités Chrétiennes*, Paris, 1952, de PAUL DUMAS; *Humanisme integral*, Paris, 1947, de JACQUES MARITAIN.

forzar la vida interior y el espíritu de sacrificio para conservar intacta la piedad. *Hay que cristianizar nuestra enseñanza en el interior de la misma, en sus profundidades y hasta la médula* o sea, como el propio autor, puntualiza en la nota 2.<sup>2</sup>: *no basta ofrecer el trabajo con intención recta y sobrenatural, es necesario que todo el trabajo por su finalidad interna tienda hacia Dios.*

Por tanto nuestro intento es, después de analizar dentro de un marco de sencillez la sabiduría grecolatina en sí misma, o sea, en los valores positivos que encierra, y en sus relaciones con el cristianismo, concluir que, pese a la discrepancia de ideología en muchos puntos, no obstante el cotejo de ambas sabidurías <sup>2</sup>, clásica y cristiana, y su ensamblamiento armónico contribuirán poderosamente a la visión plena del hombre en la actual economía de la gracia. Con esta visión conjunta se podría apreciar mejor cómo la cultura clásica puede y debe ayudar a la realización del ideal cristiano.

Si pretendiésemos recoger unos cuantos testimonios de renombrados pensadores, alusivos a la importancia de las humanidades grecolatinas, aun consideradas bajo un punto de vista puramente humano, bastaría con mencionar el discurso pronunciado por el P. Marc Tremeau, O. P., en el Instituto de la Providencia de París el año 1939, donde el autor a lo largo de unas dieciocho páginas, a base de citas de Bergson, Gilson, Bossuet, Racine, Poincaré, etc..., presenta el estudio humanístico como sumamente útil, no ya solamente para la formación del estilo y del pensamiento, sino incluso para la habilidad técnica en el campo de las ciencias experimentales. A este respecto es no menos elocuente que gracioso el testimonio que aduce de la cámara de comercio de París, que ya en 1921 declaraba: *La enseñanza moderna sin latín es insuficiente para la formación de jefes de industria y casas de comercio* <sup>3</sup>.

<sup>2</sup> El término *sabiduría* al que corresponde el de *sabio*, tipo del hombre perfecto según la naturaleza, ha sido escogido en este trabajo para designar la educación integral que se procura con la sola enseñanza de los autores grecolatinos.

<sup>3</sup> Véanse más testimonios en el artículo del P. J. JIMENEZ DELGADO, *El latín, disciplina clave*, «Helmantica», 10 (1957), 47-49.

Pero hay más todavía. Está fuera de duda que *el griego y el latín como lenguas más intelectualizadas dan flexibilidad al espíritu* <sup>4</sup>. Aunque la finalidad del colegio de humanidades, según el propio autor, es muy otra, pues consiste en *preparar a los jóvenes a comprender la vida, el mundo, la trama de la historia y todas las realizaciones de la cultura y de la ciudad en la grande perspectiva de Cristo, que termina su redención por la Iglesia*.

Ni cabe poner en tela de juicio que «la elección de las humanidades antiguas se debe a la carencia de verdaderas humanidades cristianas», dada «la infinita superioridad literaria de los clásicos latinos y griegos (en la corteza formal) sobre la prosa toda intelectual de los Santos Padres» <sup>5</sup>. Es además indiscutible que la Biblia, según palabras del propio Fortin, poco antes, en el citado artículo, recibe una iluminación considerable de Roma y Atenas, que reflejan mentalidad occidental, al paso que la Biblia es oriental en sus características temporales. Y por ello termina el autor su artículo diciendo: «*Si renunciamos a las humanidades clásicas, griegas y latinas, perdemos uno de los medios más poderosos que pueden contribuir directamente a una cultura cristiana*» <sup>6</sup>.

No podemos tampoco olvidar que otro de los fines del verdadero humanismo clásico es «*que el hombre desarrolle las virtualidades contenidas en él, las fuerzas creadoras y la vida de la razón, y trabaje a hacer de las fuerzas del mundo físico instrumentos de su libertad*» <sup>7</sup>.

Pero todo ello para un cristiano no persigue otro cometido que el ser más apto para captar en toda su plenitud la doctrina evangélica, según las palabras de Paul Dumas en su citada

<sup>4</sup> PAUL VANIER, S. J., en su estudio *La Compañía de Jesús y los Colegios de Humanidades*, publicado en la revista «Mélanges sur les humanités», Québec, 1954, pág. 33 y ss.

<sup>5</sup> ANDRE FORTIN, S. J., en su artículo «*Humanidades grecolatinas y cultura clásica cristiana*», publicado también en «Mélanges sur les humanités», Québec, 1954, pág. 230 y ss.

<sup>6</sup> Un libro muy sugerente a este respecto es el de JEAN LALOUP, *Bible et Classicisme*, Casterman, Tournai (Bélgica), 1958.

<sup>7</sup> JACQUES MARITAIN, *Humanisme integral*, Paris, 1947, pág. 10.

obra página, 51: «*La historia de la antigüedad no toma su sentido y su interés más que en el marco de la Historia de la Redención. Nuestra última finalidad al estudiar a los griegos y a los latinos será el mostrar que este mundo obscuramente reclama a Cristo. Pero también que prepara su venida, y finalmente mostrar en Cristo y su Iglesia al heredero de todo el esfuerzo humano*».

No basta por tanto con aportaciones puramente terrenas, con valores de orden estrictamente humano. Subiendo un pedazo en nuestro análisis, vamos a encuadrar al humanismo clásico pre-cristiano en la presente economía de la Redención.

En efecto, todo hombre conocedor del mensaje evangélico de Cristo debe procurar que «*todos los sueños de Grecia, llena de esplendor humano, todos los esfuerzos de los filósofos antiguos hacia la pureza del alma*» estén «*unidos al ideal dibujado en el Sermón de la Montaña*», es decir, «*armonizar la inteligencia de las cosas de Dios y el dominio tranquilo de las cosas de la tierra*»<sup>8</sup>.

¿Es que es posible el estudio de los viejos clásicos dentro del cristianismo? No hay incompatibilidad entre el humanismo clásico y el ideal cristiano, con tal que aquél no sea un humanismo cerrado, el que rehuye el sobrenatural revelado y se contenta con un equilibrio meramente terreno, ya que «*no es posible una solución puramente humana del problema humano*»<sup>9</sup>. Al contrario el humanismo pre-cristiano, el de los autores clásicos grecolatinos, con su aspiración al hombre perfecto — *καλὸς καὶ ἀγαθός*—y la necesidad de una salvación ultraterrena que presente, aunque sin conocerla en su verdadera realidad, es un humanismo abierto, esto es humilde, consciente de su limitación, y deseoso de encontrar noble y sinceramente la solución al destino del hombre. Porque no ignoraban clásicos, como Homero y Virgilio, que eran dioses desnaturalizados los que fácilmente se irritaban ante la dicha de los humanos, pues la consideraban merma de su propia felicidad; en una palabra, dioses dotados de las mismas pasiones y vicios que los hombres. Por

<sup>8</sup> EUGENE MASURE, *L'Humanisme chrétien*, Paris, 1937, págs. 187-8.

<sup>9</sup> MASURE, o. c., pág. 183.

otra parte, no podían menos de mostrarse insatisfechos ante el panorama sombrío de la muerte, donde caso de admitir la inmortalidad, sólo restaba una vida pesarosa sin voz y entre sombras.

Y sin embargo sorprende cómo deciden ennoblecerse laudablemente con hermosas gestas y aceptar heroicamente su destino, manteniendo una posición media al sortear dos escollos: el de una pasividad derrotista y el de un dinamismo desmesurado. Pues Grecia no es sólo la de Apolo, ni la de Dionisio; como tampoco la del Sócrates sereno y reposado en su sabiduría, ni la del Aquiles impetuoso y arrebatado en su cólera; sino una armónica compenetración de ambas tendencias. Los viejos clásicos, al evitar la pasividad derrotista, en que sucumben los clásicos post-cristianos, cuales Montaigne y Goethe —quienes consideraban necesaria dicha postura para mantener un equilibrio humano de tejas abajo, sacrificando todo deseo de superación en aras del más legítimo idealismo—, vislumbran en lontananza la necesidad de la intervención divina, del mensaje augusto de Cristo, basado en la gracia y la caridad. Y al propio tiempo excluyen la aspiración romántica de un Nietzsche, que sueña en el superhombre, que transformará al simple mortal en un dios; ya que son equilibrados en medio de su grandeza y búsqueda de la gloria, están íntimamente persuadidos que no pueden ser dioses y deben contentarse con su suerte.<sup>10</sup> Del ensamblamiento de la actividad heroica, en pos de la gloria, con la razón serena, resulta el equilibrio de facultades — σοφροσύνη—, nota relevante del espíritu griego. Así sucede que los grecolatinos preparan en cierto modo la solución definitiva, ofrecida por la revelación cristiana: por una parte, el hombre debe multiplicarse con obras de caridad; pero bajo el influjo de la gracia, que aumenta incomparablemente su potencialidad activa al hacerle no dios, sino deiforme, hijo de Dios, participante de su naturaleza divina. Es así como encontrará cumplidas sus ansias insatisfechas de verdadera felicidad.

---

<sup>10</sup> Síntesis basada en la doctrina del cap. «Clasicismo pre-cristiano», de CHARLES MOELLER, en su obra, *Humanisme et sainteté*, Louvain, 1946, páginas 62-90).

Pero, si apreciamos los valores positivos de los autores paganos, y al recorrer sus páginas observamos cómo resplandece el *sentido de la justicia*, v. gr., en el Sócrates de los diálogos de Platón (p. ej., el Critón, cuando Sócrates al principio de su razonamiento filosófico dice a su amigo: «¡Oh mi querido Critón, tu celo sería digno de gran aprecio, si fuese un poco razonable» (46 B), y cuando poco después (51 c) imagina que las leyes de la ciudad le apostrofan, exigiéndole el cumplimiento de los compromisos contraídos, aunque con manifiesta injusticia. La conducta de Sócrates es rubricada con elogio por Fedón, a quien Sócrates acaricia afectuosamente la cabeza, al final del diálogo que lleva su nombre: «Tal fue, Equécrates, el fin de nuestro amigo, el hombre, podemos decir, mejor de los de su tiempo conocidos por nosotros, y en especial el más prudente y el más justo» (118); la *vida familiar*, sobre todo en la Grecia de Homero <sup>11</sup>; *el culto a la hospitalidad* <sup>12</sup>; *la tierna amistad*. Recuérdese a este respecto el sentimiento de dolor, que envolvió a Aquiles, cuando se cercioró por Antíloco de la muerte de su caro amigo Patroclo (Il. Canto XVIII, v. 20 y ss.). Dolor que le hizo exclamar: «¡Madre mía! Mi ánimo no me incita ya a vivir, ni a permanecer entre los hombres, si Héctor no pierde la vida, atravesado por mi lanza... No he salvado a Patroclo —según

<sup>11</sup> Así en el canto VI de la Iliada vv. 242-250, leemos: «Cuando llegó (Héctor) al magnífico palacio de Príamo, provisto de bruñidos pórticos, en él había cincuenta cámaras de pulimentada piedra, seguidas, donde dormían los hijos de Príamo con sus legítimas esposas; y enfrente, dentro del mismo patio, otras doce construidas igualmente con sillares, continuas y techadas, donde se acostaban los yernos de Príamo y sus castas mujeres...»; igualmente al final del canto XXII de la Iliada el llanto de Príamo, Hécuba y Andrómaca hacen estremecer nuestro espíritu ante la muerte de Héctor; asimismo, y por no aducir más citas, en el canto XIV, v. 147. el porquerizo Eumeo, hecho prisionero en su infancia por Laertes, «tenía un lugar en el corazón de Ulises», y le llamaba su hermano, pese a su condición de esclavo.

<sup>12</sup> En pleno campo de batalla, cuando un guerrero reconoce en su adversario a un huésped, deja de combatir con él, como se nos cuenta en el episodio de Glauco y Diomedes, vv. 119-236 del canto VI de la Iliada. Es que los extranjeros que piden hospitalidad «vienen de parte de Zeus» (canto XIV de la Odisea v. 57), y «es a Zeus hospitalario a quien se respeta» en ellos (canto XIV de la Odisea v. 389).

dice el héroe poco antes: «el fiel amigo a quien apreciaba sobre todos los compañeros y tanto como a mi propia cabeza»—ni a los muchos amigos que murieron a manos de Héctor, permanezco en las naves cual inútil peso de la tierra, ¡siendo tal en la batalla como ninguno de los aqueos! Iré a buscar al matador del amigo querido, a Héctor» (Canto XVIII, v. 90 y ss.). Otro tanto, por no aducir ya más testimonios, cabría decir de la sincera y noble amistad, que para con su amigo y nuestro profesan los discípulos y amigos de Sócrates (cfr. «La Apología de Sócrates», de Jenofonte, núms. 27 y 28, «El Banquete», 221c, d, e, y «El Fedón», 115A-118, texto paralelo del ya citado de «La Apología...», de Jenofonte); no podemos, sin embargo, olvidar que también es una gran lección del mundo pagano manifestar hasta qué extremo puede llegar la humanidad que camina a ciegas, pese al sincero deseo de solucionar cumplidamente el problema de la actividad del hombre sobre la tierra.

San Pablo nos dirá que ha sucumbido en medio de la mayor degradación moral (Rom. I, 21, y ss.). Sin duda ello se debe a que, sumidos en el más sombrío pesimismo ante la necesidad de aceptar el Destino, frente al cual hasta los dioses son impotentes, carecían del gozo radiante, que en la Nueva Ley tienen los hijos de Dios.

Es innegable, en consecuencia, que la antigüedad clásica presenta logros positivos. Que el milagro griego consiste en el equilibrio armónico de las facultades humanas y la serenidad de vida, que se logra al superar y dominar felizmente alternancias y antagonismos. Mas, si es cierto que existen verdaderas analogías entre el mundo clásico y el cristiano, que los paganos han contribuido con valiosas aportaciones incluso a la mejor difusión de la verdad revelada, no basta recurrir al slogan del humanismo cristiano para dar carta de naturaleza con una pretendida regeneración espiritual a las doctrinas de los clásicos grecolatinos, y «ocultar o minimizar que existe entre la paradoja cristiana y la sabiduría griega, entre Atenas y Jerusalén, una oposición fundamental»<sup>13</sup>.

---

<sup>13</sup> CHARLES MOELLER, en «Bible et Humanisme», págs. 291 y ss., capítulo de su obra «La Bible et le Prêtre».

Pero dejemos bien sentado que, si por una parte es cierto que los judíos y los gentiles o griegos, alejados de la revelación cristiana, reflejan mentalidad divergente del espíritu evangélico: «*Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles*»; por otra, no lo es menos, que éstos mismos, puestos en contacto con la doctrina de salvación, cuando han recibido la fe, tienen fuerza arrolladora como heraldos del Redentor: «*Cristo crucificado poder y sabiduría de Dios para los llamados, ya judíos, ya griegos*» (I Cor. I, 23-4). Puesto que «*el Evangelio es poder de Dios para la salud de todo el que cree; del judío primero, pero también del griego*» (Rom. I, 16).

ISMAEL ROCA MELIA, Pbro.